

I

Encuentro con el obispo

SANTANDER, mil ochocientos cuarenta y ocho.

Cuando pasa por el puente suele apoyarse en la balaustrada y mirar el puerto. Respira profundamente, y observa con detenimiento todo aquello y lo contempla, lo siente y se embebe de ello porque lo ve cambiar y le da miedo perderlo.

Múltiples miradores y balcones de madera, algunos de hierro, jalonan el frente de unas casas de desigual tamaño y altura. Cuatro o cinco pisos con mansardas en el tejado. Las cortinas, sábanas e incluso algún colchón, se airean en las infinitas ventanas y galerías abiertas al aire de la mañana. Los bajos se han convertido en almacenes variopintos para las necesidades de los ciudadanos y de los barcos en los muelles cercanos.

La calle de la Ribera², estrecha hasta el puente, se ensancha nada más atravesarlo. La rampa que le da acceso amplía una calle que a la vez resguarda lo que queda de la dársena Chica y se abre a la dársena Grande.

² La calle de la Ribera en la actualidad es la calle de Calvo Sotelo, desde el puente hacia el este.

Punto de confluencia y punto de unión. La Puebla Vieja y la Puebla Nueva. Caminos y rutas que acaban. Carros cargados desde Burgos por la Rúa Mayor. Campesinos que van al mercado desde la subida a San Sebastián³ por el camino de Traslacava, que ahora llaman de San José. Caminos y rutas que se inician hacia Europa o América partiendo del muelle. Movimientos intramuros entre la catedral, el ayuntamiento, el convento de San Francisco o las pescaderías.

Aquella mañana Ramón había oído, entre sueños, llamar a la mar y al poco salir a su vecina María con el Antonio. Ella le acompaña siempre al muelle y cuando embarca para ir a pescar, se traslada a las pescaderías de la plaza de la dársena, prepara los cobertizos para vender el pescado que han traído el día anterior y mientras llega la hora de la venta, remienda alguna red.

Su salida, siempre estruendosa, le sirve de despertador. Se levanta, se asea y desayuna antes de partir a sus tareas, casi siempre administrativas y sociales en el Cabildo de Abajo. Pero aquella mañana, cuando se disponía a tomar un poco de leche y un pedazo de pan, llamaron a la puerta. No era usual, así que abrió con cierto recelo. Un hombre de mediana edad le preguntó:

—¿Es usted don Ramón Crespo, presidente del Cabildo de Abajo?

—Así es, ¿quién pregunta por mí?

—De parte del señor obispo que se presente usted en la catedral, quiere hablar de unos asuntos y si lo tiene usted a bien, le espera sobre las doce.

³ La subida a San Sebastián –llamada, al poco tiempo, cuesta de la Atalaya– llegaba hasta el camino abierto entre Pronillo y el Alto de Miranda. Entraba por la puerta de Santa Clara y conectaba con la calle de San José.

—Dígale usted al señor obispo que por supuesto allí estaré. ¿Sabe usted qué desea de mí?

—Lo desconozco, solo se me ha ordenado darle el aviso y decirle que le espera en el claustro.

—Muy bien, pues transmítale mi consideración más alta y mi intención de acudir a la cita.

Cerró la puerta y se quedó pensativo y vacilante. «¡El obispo! ¿Para qué me querrá?».

El presidente del Cabildo de Abajo no es más que un humilde pescador con algo más de formación que el resto de pescadores, que por eso le han elegido. Sus relaciones con el prelado son cordiales, más por cuestiones de trabajo que por otras razones, pero no son en absoluto íntimas y su conocimiento viene de haber asistido con él y otras personas a algún acto o auxilio social. El obispo acaba de ser nombrado, siendo el sexto que tiene Santander. Don Ramón de Arias Teijeiro es persona importante, aunque dicen que es sencillo y se preocupa por sus feligreses. Y de eso puede dar fe Ramón, que en ocasiones ha tenido que acudir a él por algún caso de extrema necesidad.

Ya no tiene tanta prisa, termina de desayunar y se dedica a alguna de las labores de la casa. Después, lentamente, saca del baúl el traje de paño de las grandes ocasiones, lo desdobla con cuidado y se lo pone. Se cala la boina de los domingos y sale a la calle. Son las once y media, va con tiempo de sobra, es una de sus manías, la puntualidad; prefiere llegar antes, como le suele pasar a menudo, que tarde, lo cual le parece una descortesía. El día está raro. A pesar de que el viento contribuye a que el cielo esté despejado, se están empezando a formar pequeños nubarrones que cruzan el cielo a toda prisa. El sur es desagradable, el calor empieza a ser agobiante y parece el presagio de que las nubes des-

cargarán, sin tardar mucho, de forma abundante, cosa que Ramón está deseando, «quizás así refresque el ambiente». La calle Arcillero⁴ está casi desierta, algunas mujeres mayores envueltas en múltiples faldas y refajos bajan refugiándose al lado de las casas, por debajo de los balcones, intentando evitar que el viento las infle como un globo a punto de echar a volar. Ramón hace lo mismo y al amparo de los edificios trata de que no se estropee mucho su mejor traje. Se sube el cuello de la chaqueta y aligera el paso. Se dirige por Tableros y la calle de la Blanca⁵ hasta la calle del Puente y enfila hacia la catedral.

En el puente, apoyado en la baranda observa el puerto y se impregna de su actividad. Su mirada nostálgica evoca tiempos que teme perder.

«Ya no nos queda casi nada del Cantón de la Mar⁶, de sus barcos varados en la playa a la vera de las casucas de la calle de la Mar, con sus redes al aire. Solo queda la Dársena Pequeña, cada vez más pequeña, con sus embarcaciones de pescadores».

Entre la dársena Chica y la rampa Larga se acumulan mástiles y velas como un bosque más o menos denso según la zona del puerto. Más tupido en los muelles, más liviano

⁴ La calle del Arcillero se inicia donde acaban uniéndose la de la Compañía y la de Tableros y termina en la antigua puerta en la muralla llamada del Arcillero o del Arrabal, donde estaba el humilladero o ermita de la Puntida adosado a la muralla, y un embarcadero que daba acceso a las barcas de los pescadores, al lado de la playa del Cantón de la Mar. Al final de la calle, en la acera norte, estaba el edificio del teatro Principal inaugurado el seis de mayo de 1838.

⁵ También llamada Don Gutierre hasta 1814. La calle seguía aproximadamente el trazado de la actual de San Francisco, pero a un nivel más elevado al que queda en la actualidad la iglesia de la Compañía.

⁶ El Cantón de la Mar era la playa existente delante del arrabal de la Mar, donde los pescadores dejaban sus barcas. El barrio del Cabildo de Abajo lo componían la calle de la Mar, la del Medio, Arrabal, Arcillero y Tumbatres. En la Puntida había una rampa al agua, al cantón, a la playa.